

Un rincón para la historia

EN TORNO A LA SEMANA SANTA



Pachi Amorós Vidal

Los desfiles procesionales de Semana Santa, aunque son unas fiestas de enorme trascendencia y gran calado en la vida municipal, son una iniciativa de las Cofradías, asociaciones de carácter privado, por lo que en el archivo no hay demasiada documentación sobre las mismas. Analizando el gasto de la Corporación Local, que es como más objetivamente se valoran cuales han sido a lo largo de la historia sus intereses y prioridades, se descubren dos partidas relacionadas con la Semana Santa que han supuesto un desembolso anual permanente desde mediados del siglo XVII (que tengamos constancia) hasta bien entrado el siglo XX: las palmas para la celebración del Domingo de Ramos, un gasto que incluía su compra y transporte, y la limosna para el predicador, que normalmente también ayudaba en los oficios de Semana Santa.

Tanto por razones culturales, basadas en la alta tasa de analfabetismo, como propiamente religiosas, por la prevención católica ante la interpretación que puedan hacer los fieles de las escrituras si acceden a ellas directamente, el mensaje de la Iglesia no pasa por el libro sino por la palabra y la imagen. El sermón es una forma privilegiada de la palabra. En los curas y religiosos de la época se valoraba enormemente la oratoria, la capacidad de llegar y emocionar a un auditorio. El sermón de un sacerdote forastero atrae por su novedad; así son requeridos por los ayuntamientos, quienes les pagan con los fondos municipales o en ocasiones mediante repartimientos entre los vecinos, con ocasión de las fiestas patronales, de grandes acontecimientos e inexcusablemente durante la Cuaresma. Para unos vecinos profundamente religiosos, que tienen escasas distracciones y cuyos medios de información son reducidos, el sermón es un espectácu-

lo de primera calidad, tanto más en cuanto que el orador busca retener la atención del auditorio (los sermones solían durar más de una hora) por medio de unas inflexiones de voz, mímica y gestos que le aproximan a lo teatral. A la salida los feligreses critican el sermón y comparan los méritos de los distintos oradores sagrados. Los predicadores pertenecían normalmente al clero regular y más concretamente a las llamadas órdenes mendicantes, las que no poseían bienes capaces de producir ingresos, sino únicamente locales de residencia, viviendo de las limosnas. En la región, la más importante era la de San Francisco, que contaba con un gran convento en Murcia, situado próximo al actual mercado de Verónicas. Contaba con una magnífica biblioteca y en él vivían más de sesenta frailes cuyos servicios eran muy reclamados por los pueblos en época de Cuaresma especialmente. Además de los franciscanos, trinitarios y dominicos también ejercitaban esta función con mucha frecuencia; los predicadores venidos de los Santos Lugares eran especialmente reclamados.

Las más antiguas agrupaciones de penitentes o nazarenos surgen en el siglo XV; es en esta época cuando se crean asociaciones piadosas con el fin de conmemorar los Sagrados Misterios de la redención que culminan en la Pasión y Muerte de Jesucristo. En el siglo XVII se realizaban en Archena procesiones de penitentes similares a las que hoy en día se conservan en algunos pueblos de Castilla. Vamos a recurrir a la poca información que nos transmiten las fuentes originales. En los llamados "libros del gasto menudo", que presentaba el mayordomo de propios, correspondientes a los años 1.651, 1.652 y 1.653 aparecen respectivamente los siguientes apuntes:

"...lo primero dos arrobas de vino a precio de trece quartos el azumbre para curar a los penitentes de la Semana Santa de este año...", "... que se paguen a Juan Navarro setenta rea-

les que gastó en el lavatorio de los penitentes en curarles y en azúcar para rosquillas y todo lo demás...", "... veintisiete reales para el lavatorio de los penitentes del jueves santo y siete reales de azúcar y aguardiente para rosquillas..."

En las Cofradías de los hermanos disciplinantes los penitentes se flagelaban rigurosamente su cuerpo hasta hacer brotar gotas de sangre. A la recogida de la procesión eran sometidos al lavatorio curativo de sus heridas, grietas y llagas a base de una pócima compuesta de vino cocido y arrayán, laurel, rosas y romero, y, al menos en Archena, eran obsequiados con rosquillas de vino. Según el historiador Guy Lemeunier esta religiosidad en la que predominan los elementos dolorosos se refuerza en el crítico siglo XVII. Las desgracias de este siglo, plagado de epidemias y crisis económicas, no hacen más que contribuir a la formación de una mentalidad mórbida. La difusión de las penitencias cruentas corresponde a la adversidad causada por la justa cólera de Dios. Al mismo tiempo en estos años el culto a los santos basado en las reliquias va siendo relegado y sustituido por las figuras de Cristo y de la Virgen. De alguna forma la divinidad se acerca a los hombres y éstos también quieren compartir y comprender el sufrimiento del Señor.

Con la llegada del siglo XVIII predominar el fasto, la belleza y la emotividad sobre el sufrimiento y el dolor. Es evidente que las procesiones que ahora pueblan nuestras calles responden a ese patrón. De hecho, en el caso concreto de Archena, las referencias a los lavatorios de los penitentes desaparecen ya en las dos últimas décadas del siglo XVII. Desde esa fecha, los documentos municipales sólo aluden a la procesión que se realiza al monte del Ope, ya que se mantiene el gasto del paño para la Cruz. Desde 1.744 las procesiones cuentan además de con la Cruz, con una imagen de Jesús Nazareno y una Dolorosa, ambas obras de Salzillo. Y aquí ya empieza otra historia de la Semana Santa.